

TEXTO CLÁSICO

## Sobre los padecimientos de los profesores (De miseriis paedagogorum)<sup>1</sup>

Philipp Melanchthon

Traducción de Juan Luis Monreal Pérez

Notas y referencias de Carolin Ritter

(CR 11,121[Corpus Reformatorum]) En las fábulas de Esopo, un asno se lamenta ante Júpiter de su calvario<sup>2</sup> alegando que el trabajo diario le lleva a la extenuación, torturándolo casi hasta la muerte. Pues bien, aún más justificadas que los lamentos del asno, están de hecho las quejas de los profesores debidas a su sufrimiento si se sopesan exhaustivamente las condiciones en que se hallan<sup>3</sup>. ¿Qué asno ha tenido que soportar jamás tantas penurias moviendo la piedra de

---

<sup>1</sup> El texto latino utilizado en la traducción alemana, sigue la edición *Obras selectas de Melanchthon*. Tomo 3. *Escritos humanísticos*, editado por R. Nürnberger, Gutersloh 1969, págs. 70-81. Como en el caso de Nürnberger, en la edición alemana y española, también aparecen indicadas las páginas del Corpus Reformatorum (CR 11, 121-130).

<sup>2</sup> Cf. Esopo, *Fábulas* 196 (Hausrath/Hunger) ΟΝΟΙ ΠΙΡΟΣ ΤΟΝ ΔΙΑ - *Los asnos ante Zeus* (W).

<sup>3</sup> Cf. Valerio Máximo, *Facta et dicta memorabilia* 4,8,1 (R). Literalmente significa *ad calculos revocare* «calcular exactamente». Los *calculi* son las piedras para calcular, que en período romano se utilizaban para la aritmética básica desplazándolas sobre un tablero. La metáfora se refiere, probablemente, a la asignatura escolar de la aritmética. De hecho, la aritmética, en tanto que disciplina del quadrivium, pertenecía a las asignaturas universitarias. Sin embargo, las matemáticas aparecen también en las programaciones didácticas de las mayores escuelas de latín protestantes.

un molino<sup>4</sup> como el profesorado, en general, en el transcurso de su clase, tanto en forma de agotamiento como de enfados?

Habiendo estado mi vida destinada a transitar en este ámbito durante bastante tiempo, experimentando así el lamentable estado del terreno transitado, me he decidido a hablar aquí y ahora sobre el sufrimiento de los profesores y a expresar mis quejas sobre las nefastas circunstancias a que este estamento nos aboca. No en vano, cuando se está padeciendo una desgracia, quejarse abiertamente de la misma produce un cierto placer, como expresó Ovidio cuando escribió lo siguiente:

«El dolor se calma y se expulsa con lágrimas»<sup>5</sup>.

Puesto que con ecuanimidad oís hablar sobre los menesteres de gente ajena, concededme a mí también vuestra atención cuando os expongo mi propia historia<sup>6</sup> y os muestro sufrimiento basado en hechos reales. Y si cierto personaje

---

<sup>4</sup> En *Metamorphosen* de Apuleyo (9,10-13), un asno describe las graves condiciones en un molino de tracción a sangre (*pistrinum*), donde bestias de trabajo y esclavos demacrados tienen que marchar en círculo para que la piedra del molino gire. Para los esclavos, el trabajo en el molino era un severo castigo (cf. por ej. Terencio, *Andria* 199).

<sup>5</sup> Ovidio, *Tristia* 4,3,37 y ss.: *est quaedam flere voluptas/expletur lacrimis egeriturque dolor* (H).

<sup>6</sup> *Fabulam agere* significa literalmente «representar una pieza teatral». Melanchthon estiliza el discurso a modo de una tragedia, estructurando su presentación con ayuda de los términos *tragoediae praeludium*, *epitasis*, *tragica catastrophe*, así como *extremus actus* (véase el epílogo). Los conceptos *prologus*, *protasis*, *epitasis* y *catastrophe* proceden de la referencia a Terencio que hizo Euanthius y que fue adoptada por *Aelius Donatus* para su *praefatio* (cf. *De fabula* 4,5: *comoedia per quattuor partes dividitur: prologum, protasin, epitasin, catastrophem*). En Melanchthon falta la *protasis*, la exposición del drama, en la cual se construyen los momentos que generan la tensión (cf. Donat, *Excerpta de comoedia* 7,4: *πρότασις est primus actus fabulae, quo pars argumenti explicatur, pars reticetur ad populi expectationem tenendam*). Posiblemente Melanchthon pase directamente del *praeludium* a la *epitasis*, puesto que las condiciones con las que nos encontramos en la escuela son tan desoladoras que no es necesario generar tensión lentamente. También en el discurso Nurembergués, tilda Melanchthon la vida en la escuela como una pieza de teatro y su exposición como un prólogo (cf. CR 11,106: *nam cum in scena hoc servetur, ut ante actionem de Poëtae voluntate, seu de fabulae argumento dicat prologus, postulaverunt a me isti [...], ut ego velut fabulae ab ipsis agenda, prologus fierem*).

de Terencio emitió el recto juicio de que es un ser humano y que nada que sea humano le es ajeno<sup>7</sup>, dado que es humano verse afectado por la desgracia del prójimo; entonces deberéis sin duda alguna sentirnos conmovidos por mi suerte, ser pacientes mientras oís mis quejas y mostrar indulgencia para conmigo cuando, aparentemente, me detenga más tiempo del adecuado en la exposición de nuestra desgracia, en tanto que, como se dice, todos ponemos la mano cubriéndonos donde nos duele<sup>8</sup>. Como noto que, por mi falta de talento, no puedo aportar nada que sea plenamente reconfortante para el espíritu y como la costumbre del día a día ha hecho que mi atención se centre en este tema, es por ello por lo que, entregándome a este dolor, he escogido este tema para tratarlo de la mejor forma posible. Por consiguiente, en lo que a mí se refiere, no pretendo que se alaben mis cualidades, solo pretendo que se consuelen las preocupaciones que me martirizan. Mi objetivo fue la tranquilidad, no la fama. Además, el penoso estado en que me hallo ha impedido que puliera con más cuidado el discurso presentado. Por el contrario, en la medida en que me inundaba el dolor, he dejado que en su mayor parte éste emanara de mí sin orden ni artificio. Supongo que lo tendréis en cuenta sin que ello tenga mayores consecuencias, si es que guardáis alguna compasión por mí, ya que a un espíritu tan consternado (122) no le fue dado gozar de un mayor cuidado en la selección del léxico.

Dicho esto, quiero por fin comenzar con el tema de mi exposición —mi ánimo se horroriza y, lleno de amargura, huye del recuerdo<sup>9</sup> y lamentarme ante

---

<sup>7</sup> Terencio, *Heautontimorumenos* 77: *homo sum: humani nil a me alienum puto* (H). Esta sentencia del campesino Chremes fue citada con frecuencia como ejemplo de la capacidad humana para empatizar (Cicerón, *De legibus* 1,33, *De officiis* 1,29 y ss.; Séneca, *Epistulae morales* 95,53; Agustín, *Epistulae* 155,14). Para una discusión diferenciada cf. Henry David Joycelyn, *Homo sum: humani nil a me alienum puto* (Terencio, *Heautontimorumenos* 77), in: *Antichthon* 7 (1973), págs. 14-46. Las comedias de Terencio se leían en las escuelas de latín, mayoritariamente como lecturas introductorias.

<sup>8</sup> Cf. Plutarco, *Sobre la Locuacidad* 22 (*Moralia* 513 E8); Erasmo, *Adagia* 462d (R).

<sup>9</sup> Melanchthon encabeza su descripción de las pésimas condiciones que hay en la escuela haciendo referencia a un fragmento de la narración de Virgilio, en el que Eneas comienza su relato sobre la caída de Troya expresando el mucho dolor que le produce recordar la desgracia del pasado. Cf. Eneas 2,10-13: *sed si tantus amor casus cognoscere nostros / et breviter Troiae supremum audire laborem / quamquam animus meminisse horret luctuque refugit, / incipiam* (H).

vosotros del destino de los profesores, en tanto que nadie me parece más infeliz que ellos, ni siquiera los reclusos de una prisión.

Mirad así qué servicio más molesto y lleno de penosos esfuerzos y de peligros, el profesor se carga sobre sus espaldas cuando joven le es encomendado para recibir clase y ser capacitado en lo concerniente a humanidad y virtud verdadera<sup>10</sup>. Tan pronto como la edad del joven parece ser lo suficientemente madura como para que éste pueda ser enviado a la escuela elemental<sup>11</sup>, la permisiva laxitud doméstica ya lo ha corrompido y no solo entiende de vicios, sino que también los ha probado. Este muchachito no sólo no trae desde casa ninguna inquietud o curiosidad por los estudios, sino que también trae la más

---

<sup>10</sup> Cf. Discurso Nuremburgués de Melanchthon CR 11,108: *nisi literis ad virtutem, ad humanitatem, ad pietatem excitentur ac formentur* (R). Cf. Cicerón, *Pro Archia poeta* 4: *nam ut primum ex pueris excessit Archias atque ab eis artibus quibus aetas puerilis ad humanitatem informari solet, se ad scribendi studium contulit* (R). El discurso de Cicerón se refiere literalmente a las ciencias que «constituyen la humanidad del ser». Es pues Cicerón quien acuña el ideal de la *humanitas* que determina la integración, tanto de las características que pertenecen al desarrollo de la humanidad, formación moral e intelectual, bondad, compasión y amor al prójimo, como de la capacidad para entablar conversaciones agradables y de calidad intelectual, buen gusto, elegancia y urbanidad; ideal que se basa en el principio fundamental de que el ser humano adquiere la verdadera humanidad a través del proceso de formación, en el que es primordial el cultivo de la lengua, que diferencia al ser humano del resto de seres animados. Esta idea tendrá continuidad en el Humanismo, gracias al concepto didáctico de *Studia humanitatis*, que fue recuperado de la Antigüedad por Leonardo Bruni (cf. Rudolf Rieks «*Humanitas*» en: *Diccionario Histórico de la Filosofía* 3 [1974], pág. 1231 y ss.; Friedrich Klingner, *Humanidad y Humanitas*, en: *Pensamiento romano*, Stuttgart, 1965, págs. 704-746). Los humanistas tenían en alta consideración el discurso *Pro Archia Poeta*, como texto en el que el valor de la literatura y la formación griegas era ensalzado por el tan admirado ideal Cicerón, en cuya obra *Humanitas y Virtus* solían estar relacionadas (cf. Cicerón, *De oratore* 3,58: *artibus, quae repertae sunt, ut puerorum mentes ad humanitatem fingerentur atque virtutem*).

<sup>11</sup> En el periodo romano el término *ludus litterarius* designa la enseñanza elemental de lectura, escritura y cálculo a escolares de los siete a los once años, y que precedía a la formación con el *grammaticus* y, a continuación, con el *rhetor*. En la época de Melanchthon, se refiere a la escuela de latín, que también era conocida como la escuela particular o escuela trivial, ya que, a diferencia del *gymnasium illustre* y la universidad, en ella se enseñaban las asignaturas del trívium (gramática, retórica y dialéctica).

profunda aversión contra los mismos, junto con rechazo contra los profesores y los ejemplos de lo más indecentes. Contra semejante monstruosidad tiene que luchar el profesor. Al impartir clase, el muchacho se pone a divagar y, en el mejor de los casos, es necesario repetir una y mil veces lo mismo para metérselo en la cabeza a la fuerza, de modo que, contra su voluntad, se le quede grabado en la memoria; no obstante, basta con que se aparte la mirada solo un segundo para que vuelva a borrársele de la memoria aquello que con tanta insistencia fue recitado. Cuando se obliga al alumno a que reproduzca lo aprendido, entonces se puede ver realmente cómo el profesor es blanco de las burlas, pues la obstinación del joven hace que le resulte divertido provocar al profesor con aquello que tanto le encoleriza e impide mantener la calma. ¿No considerarías digna de compasión a una persona que estuviera obligada a enseñar a un camello a bailar<sup>12</sup> o a un asno a tocar la lira<sup>13</sup>, pues en vano echa sobre sus espaldas tan pesada carga? Sin embargo, todo eso es más soportable que la de impartir clase a nuestros jóvenes, puesto que, aunque tras practicar con el camello o el asno no obtengas ningún resultado, lo cierto es que, en ningún caso, éstos hacen que tu disgusto alcance un nivel máximo con no importa qué impertinencia. ¿Y, sin embargo, cuando estos dichosos muchachos han agotado nuestras fuerzas, cuánta no es, encima de todo, su infamia para con nosotros? Es probable que encuentres a alguno que se haya atrevido a insultar descaradamente a su profesor y que su mano imite rápidamente las orejas de un asno<sup>14</sup>, y semejante mal comportamiento hacia los profesores procede del ambiente familiar. Comparecen ante sus profesores con la misma falta de respeto con la que anteriormente trataron a sus padres y paulatinamente se convierte la mala costumbre en un rasgo de la propia personalidad, no siendo ya posible corregir y erradicar estas faltas nunca jamás. ¿Qué no es sino miseria lo que sufrimos cuando impartimos clase debido a la carga y al mortal agotamiento que suponen las constantes atenciones y esfuerzos, y, eso, sin ver

<sup>12</sup> Esopo, *Fábula* 85 (Hausrath/Hunger), ΠΙΘΗΚΟΣ ΚΑΙ ΚΑΜΗΛΟΣ – *El mono y el camello* (R). En una reunión de animales, el camello intenta imitar el baile del mono mostrando tan poca habilidad que el resto de animales lo expulsan a garrotazos.

<sup>13</sup> Cf. Fedro, *Fabulae* (Appendix Perottina) 14 (Guaglianone): *Asinus ad lyram* (R). Un asno descubre en una pradera una lira e intenta hacer sonar las cuerdas con una pezuña hasta que reconoce que este arte es comprendido mejor por otros.

<sup>14</sup> Por la cara de dentro las orejas del burro son blancas. Cf. Persio, *Sátiras* 1,59: *nec manus aurículas imitari mobilis albas* (H); Scholien: *aurículas albas, id est asinas; nam sic stulti ridentur. Apposito temporibus pollice imitantur aures asini aliis digitis* (W). Cuando el profesor no le ve, el escolar se burla de él imitando con sus manos las orejas de un asno.

resultados exitosos?, ¿y, cuando, encima, como agradecimiento, somos el blanco de las burlas de los muchachos? Se representa en pinturas a Sísifo en el infra-mundo, empujando una piedra gigante colina arriba, pero ésta, acto seguido, desde la cima más alta vuelve a la planicie del terreno rodando a toda velocidad<sup>15</sup> y se atribuye a dicho mito la interpretación de que muchos mortales se extenuan por esfuerzos realizados en vano. Pienso que semejante fútil tarea sería representada de modo más claro si pintáramos (123) a un profesor y a un alumno en una situación como la que acabo de describir. ¿A saber, cuánto más grande no es la tarea del profesor que la de Sísifo? Pero, la recompensa por su esfuerzo no es mayor, a pesar de que aquel solo realiza el esfuerzo de hacer rodar la piedra y, mientras realiza dicho esfuerzo, no sufre preocupación alguna: considera, por el contrario, la multiplicidad de las tareas del profesor. Solo cuando el profesor le apremia a hacerlo, coge el muchacho un libro y tan pronto lo tiene en su poder, aleja de él su mirada y su espíritu, siendo entonces necesario utilizar las espuelas para que no olvide su deber. El profesor explica algo, y entonces al niño malcriado le entra sueño y echa una cabezadita durmiendo despreocupadamente sobre una u otra oreja<sup>16</sup>, mientras que el profesor se esfuerza en explicar. Ese es el momento en que al profesor se le presenta la nueva tarea de despertar al alumno. Acto seguido, cuando lo dictado es repetido, entonces el chico que se acaba de despertar tiene que dirigir su atención a aquello que se está exponiendo en ese momento, pero Hipoclidés ni se inmuta<sup>17</sup>, a pesar de la distracción del espíritu con otros

<sup>15</sup> Cf. Lucrecio, *De rerum natura* 3,1000-02: *hoc est adverso nixantem trudere monte/saxum quod tamen «e» summo iam vertice rursum/volvitur et plani raptim petit aequora campi* (W). En el mito del inframundo, Sísifo es castigado por los dioses por haber superado la muerte y por haber traspasado de ese modo sus límites humanos, siendo condenado a subir rodando un bloque de piedra colina arriba por toda la eternidad y cada vez que alcanza la cima, rueda colina abajo. La primera vez que nos encontramos con dicho mito es en la *Odisea* de Homero 11,593-600.

<sup>16</sup> En latín, la expresión «dormir sobre la oreja que deseas», representa proverbialmente el sueño despreocupado; cf. Plauto, *Pseudolus* 122 y ss.: *Pseudolus: de istac re in oculum utrumvis conquiescito. / Calidorus: utrum? anne in aurem? Pseudolus: at hoc pervolgatumst minus*; Terencio, *Heautontimorumenos* 341 y ss.: *ademptum tibi iam faxo amnem metum, / in aurem utramvis otiose ut dormias* (W); Otto 1890, pág. 47.

<sup>17</sup> La expresión griega οὐ φροντὶς Ἱπποκλείδῃ —«Hipoclidés no se preocupa»— representa una imparable falta de pudor; cf. Herodoto 6,129 (W); Erasmo, *Adagia* 371c (H). En una fiesta en honor de la inminente boda de Hipoclidés, baila éste

mundos, como las posadas, las partidas de dados con malas compañías, y que el esfuerzo en memorizar algo sea tan lejano que él mismo crea incluso en la aplicabilidad a la escuela de la norma que existía entre los griegos, refiriéndose a las reuniones de bebedores —«Odio al compañero de borrachera que recuerda»<sup>18</sup>—, y que lleve el dicho «odio al alumno que se acuerda» allí donde va, pues lo ha grabado en su fuero interno, en lugar de haberlo grabado en una piedra. Por lo tanto, cuando al próximo día se le pregunta por lo que se le dictó, ya no se acuerda de nada porque todo le pasó inadvertido a los oídos<sup>19</sup>.

Es entonces cuando cíclicamente vuelven los repetitivos trabajos del profesor<sup>20</sup>. Repite una y otra vez la misma cantinela hasta que el cabeza de alcoraque<sup>21</sup> retenga alguna palabra: ¿hay alguien que tenga una piel tan dura<sup>22</sup>, que sea insensible al enfado que produce haber malgastado tanto esfuerzo, especialmente debido a los perjuicios para la salud que son necesarios?, ya que la fuerza física se resiente y se ve mermada, no sólo por lo agotador que resulta hablar, sino también por la preocupación y la pena<sup>23</sup> resultante del lamentable carácter de la tarea que se padece, porque el empeño de los jóvenes no se corresponde con nuestra concienzuda entrega. Esa miseria marcará toda una etapa de la vida del chico que no finalizará hasta que éste no haya adquirido los conocimientos elementales<sup>24</sup>.

---

despreocupadamente, a pesar de su suegro, se sube a una mesa y se tambalea boca abajo con las piernas.

<sup>18</sup> En referencia al proverbio griego, cf. Luciano, *Symposion* 3; Erasmo, *Adagia* 262a (W).

<sup>19</sup> Quintiliano, *Institutio oratoria* 2,5,13: *sic audientibus securitas aberit nec quae dicentur superfluent aures* (R).

<sup>20</sup> Virgilio, *Georgica* 2,401: *redit agricolis labor actus in orbem* (W). Melanchthon asocia el esfuerzo del profesor al trabajo del campesino cuya realización acaece repetidamente con el cambio de las estaciones del año.

<sup>21</sup> El término *truncus* (literalmente «tronco»), representa proverbialmente a un ser humano estrecho de miras y apático. Cf. Cicerón, en *L. Calpurnium Pisonem* 9,19: *tamquam truncus atque stipes*. Otto 1890, pág. 332.

<sup>22</sup> La expresión *cornea fibra* (literalmente «entrañas de tejido córneo»), es un tópico que representa la falta de sensibilidad; cf. Persio, *Sátiras* 1,47: *neque enim mihi cornea fibra est* (W); cf. Erasmo, *Adagia* 280d (R).

<sup>23</sup> Ovidio, *Metamorfosis* 10,75 (sobre Orfeo): *cura dolorque animi lacrimaeque alimenta fuere* (R).

<sup>24</sup> Cf. Seneca, *Naturales quaestiones* 6, 23,4: *quisquis primas litteras didicit, scit illum apud Homerum* ‘Εὐοίχθονα Πόκαρι (R).

Y el maestro de escuela no debe creer que ya lo ha superado todo. Eso era sólo el primer acto introductorio de nuestra tragedia, pues aún no hemos llegado a la epítasis, que es con diferencia la parte la más molesta<sup>25</sup>. El esfuerzo de adecuar la expresión oral del chico y de hacer que se acostumbre a hablar en lengua latina es agotador, pues mientras es educada su habla enseñándoles a ser selectivos a la hora de expresarse<sup>26</sup>, para lo cual es de suma importancia la relación con individuos versados en retórica; el descuido es tal que en su habla lo primero es recoger, utilizando la escoba, la inmundicia allí donde primero la encuentren, a saber, en su lengua materna<sup>27</sup>. Ni siquiera hacen el mero intento de hablar en latín a causa de que el latín entraña una dificultad demasiado grande. A ello se suma el rodeo que dan para evitar la compañía de las personas cultivadas porque se sienten atraídos por los de su misma condición. Y cuando alcanzan a estar en presencia del profesor, ante el cual solo se debe utilizar la lengua latina: ¡Dios santo, qué espectáculo no nos deparan (124)! Durante un instante permanece el chico ante el profesor mudo como una estatua<sup>28</sup>. Entonces, tan pronto comienza a concentrarse y a reflexionar en cómo expresarse, retuerce ojos y cejas<sup>29</sup> porque sus pensamientos son confusos. Si pudieras verlo, dirías que una enfermedad epiléptica se ha adueñado de él. También la boca se deforma al abrirla de par en par de forma extremadamente desagradable, como si de una convulsión espástica se tratara<sup>30</sup>. Después de una

<sup>25</sup> El sustantivo *praeludium*, derivado de *praeludere* (redactar un acto introductorio, organizar un ensayo), aparece por primera en el Humanismo como *terminus technicus* que se refiere al prólogo del drama; tal es el caso de la comedia de Conrad Celtis *Ludus Dianae*. En Donato la epítasis es la parte intermedia del drama en el que la acción se desarrolla en la medida en que la tensión crece como si de un nudo se tratara (cf. Euanthius, *De fabula* 4,5: *epitasis incrementum processusque turbarum ac totius, ut ita dixerim, nodus erroris*).

<sup>26</sup> Cf. Cicerón, *De oratore* 3, 150: *in quo consuetudo etiam bene loquendi valet plurimum* (R) (en relación a elección de léxico).

<sup>27</sup> *Convertere* significa literalmente recoger con la escoba o la fregona (para limpiar). La metáfora implica que los elementos de que consta el habla juvenil tienen tan poco valor como los restos de basura.

<sup>28</sup> La expresión “mudo como una estatua” es una expresión proverbial; cf. Horacio, *Epistulae* 2,2,83; Otto 1890, pág. 331; Erasmus, *Adagia* 1024c (R).

<sup>29</sup> Celso, *De medicina* 2,6: *eademque labra, et nares, oculique, et palpebrae et supercilia aliquave ex his pervertuntur* (R) (sobre el cuadro de una enfermedad).

<sup>30</sup> *Morbus comitialis* era la denominación de la epilepsia en la Antigüedad, pues su aparición era interpretada como mal augurio que cancelaba los comités, es decir, las reuniones populares romanas. El hecho de que la cara se deformara espásticamente

larga lucha interior, por fin consigue emitir algún sonido. No obstante, lo hace en forma de un confuso mascullar para no ser descubierto, por si acaso algún fallo lingüístico sale a la luz. Algunos tienen la astucia de comerse la última sílaba y las terminaciones de los casos para que resulten inaudibles. El profesor se detiene para repetir y hacer énfasis en las terminaciones de los casos, pronunciándolas con un volumen de voz elevado<sup>31</sup>. Inmediatamente, a oídos del profesor llega claramente algo, pero lo que escucha no es sino una monstruosa maraña de palabras, que ni por asomo trae un aire que recuerde a los autores tratados en clase<sup>32</sup>, ni se corresponde con las reglas gramaticales. Es en ese momento cuando el profesor, teniendo en cuenta que los estudios de los jóvenes no deben tener otra utilidad que la de capacitarles a hablar con fluidez, ve en el tan antinatural silencio del alumno a la hora de expresarse que, todo el tiempo y esfuerzo que hubo invertido ha sido desperdiciado<sup>33</sup>, oliéndose, así pues, la precariedad en que se halla; y, mientras se esforzaba en ayudar a soportar esa carga, ¿cuántas no han sido las dificultades que ha sido necesario tragar? No obstante, debe ocultar su disgusto, reprimir su ira, y, gracias a la afabilidad, librar a los chicos de la excitación. Cordialmente, se debe animar al estudiante a que hable, siendo a menudo aconsejable alargar las conversaciones para acostumbrar a los jóvenes a hablar en latín.

---

(*spasticus cynicus*), lo que permitía ver los dientes, recordaba posiblemente a un perro enseñando los dientes. Cf. Plinio, *Naturales quaestiones* 25,60: *medetur ita morbis comitialibus, ut diximus, [...] spasticis cynicis* (W).

<sup>31</sup> Horacio, *Epistulae* 1,18,12-14: *sic iterat voces et verba cadentia tollit, / ut puerum saevo credas dictata magistro / reddere* (R). Sobre *verbum cadens* como declinación cf. *Rethorica ad Herennium* 4,12,18.

<sup>32</sup> En la escuela de latín, el término *lectio* hace referencia a una forma de dar clase en la que textos latinos eran recitados e interpretados (cf. Seifert 1996, pág. 268 y ss.). Cf. Quintiliano 1,5,11: *auctores quos praelegunt criminantur* (W).

<sup>33</sup> El refrán *oleum et operam perdere* significa literalmente: “malgastar aceite y esfuerzo”. La metonimia se refiere, bien al aceite que utilizaban los gladiadores antes de la lucha (Cf. Plauto, *Poenulus* 332: *tum pol ego et oleum et operam perdidit*; Cicerón, *Epistulae ad familiares* 7,1,3: *nam quid ego te athletas putem desiderare, qui gladiatores contempseris? in quibus ipse Pompeius confitetur se et operam et oleum perdidisse*), o bien al aceite que se utilizaba para las lámparas que se encendían para trabajar de noche (Cicerón, *Epistulae ad Atticum* 2,17,1: *non deflebimus, ne et opera et oleum philologiae nostrae perierit, sed conferemus tranquillo animo*); cf. Erasmo, *Adagia* 171e (R).

A pesar del ya bastante disgusto que esto conlleva, el ejercicio del estilo pone a prueba al profesor aún más. Éste se da cuenta de que dicho ejercicio es necesario para que el chico se familiarice con la lengua latina y que pueda expresarse con una seguridad reforzada gracias a la práctica escrita, ya que una única medida no basta para expulsar del espíritu joven semejante apatía. No obstante, aunque no haya nada que conduzca de igual modo a la adquisición de una expresividad lo más rica posible, como el ejercitar constantemente el estilo, no hay ninguna otra actividad a la que, a pesar de ello, los jóvenes al escribir, se resistan tanto. A este respecto, no es necesario examinar las razones: vosotros ya tenéis amplios conocimientos sobre la naturaleza de nuestra juventud. ¿Qué tremendo no es el esfuerzo que implica empujarlos a la escritura, aunque solo sea la de una pequeña carta, a lo largo de todo un semestre? Naturalmente que he sufrido en mis propias carnes que no hay mayor tortura que enfrentarse, día tras día, a estos holgazanes cuando se les recuerda cuál debe ser su obligación; y, a pesar de todo, nunca se consigue hacer que dediquen un solo momento para escribir ni una sola línea, a no ser que en la labor esté presente el profesor, dictándoles el contenido y ahorrándoles tener que elegir las palabras. Aunque el alumno no necesite aportar nada de su propia cosecha, sin embargo, recibe lo que se le indica a duras penas. Mediante este proceder, será solo tardíamente cuando habrá progresado lo necesario como para que escriba por sus propios medios<sup>34</sup>, claro, siempre que lo intente. Así pues, alberga la creencia de que el empeño de intentar redactar algo de forma autónoma (125), si bien dicho intento sea tardío, se transmite cuando se es tocado por una varita mágica<sup>35</sup>. ¿Quién no preferiría estar en una rueda de moler grano antes de soportar tan penoso y molesto horror?

Pero prepárate para cuando éste, por fin, comience a escribir: entonces, el mayor esfuerzo se debe dedicar a la mejora en el trabajo de la expresión escrita, pues el profesor que es descuidado al respecto obra de mala fe. Mostramos así que creemos en Horacio, quien niega que sea una buena persona, quien no critica ningún fallo a pesar de que tenga el cometido de juzgar el trabajo escrito de otro. Precisamente, es conocido el pequeño verso:

---

<sup>34</sup> La expresión *suo Marte* es una expresión proverbial, cf. Cicerón, *De officiis* 3,34: *hanc igitur partem relictam explebimus nullis adminiculis, sed, ut dicitur, Marte nostro*; Otto 1890, pág. 214; Erasmo, *Adagia* 228 y ss. (R).

<sup>35</sup> La *virgula divina* se pone en relación con el bastón de Hermes, con el de Circe o el de Pallas Athene (Homero, *Odisea* 16,172); cf. Cicerón, *De officiis* 1,158 (W); Horacio, *Carmina* 1,24,16; Otto 1890, pág. 373; Erasmo, *Adagia* 66a (R).

«Censure el varón bueno y avisado los versos sin arte»<sup>36</sup>.

Sobre todo, lo cierto es que no es ningún trabajo fácil aquel al que se enfrenta el profesor de mirada crítica, cuando mejora deficiencias lingüísticas al corregir las transgresiones de la gramática, al reformular las expresiones ambiguas y mal interpretables para que sean claras, al subsanar incongruencias, al sacar brillo a lo que está sin pulir, convirtiéndolo en algo vistoso gracias a las figuras idiomáticas; y, en su conjunto, haciéndolo más agradable y atractivo, y eso sin contar con el hecho de que es una carga leer de nuevo los trabajos tan penosamente formulados por los chicos. ¿Por mucha paciencia que tenga el profesor, cuánto más no será el cansancio que le produce la corrección, especialmente, cuando en la mayoría de los casos deberá dejar constancia de las razones por la que ha cambiado algo? Es entonces cuando quienes más han descuidado su escritura deben ser reprendidos con mayor severidad que los otros, a quienes se les debe animar a que aplicadamente continúen por el camino que han tomado. De todas formas, no sólo se deben indicar los fallos lingüísticos, sino que en el caso de quienes tienen un nivel algo más avanzado, también se debe tener en cuenta los contenidos y se deben encauzar de modo adecuado las preferencias, pues unos sienten atracción por la discusión y en otros reside vanidad irrisoria y fanfarronería infundada. Por norma general, el estilo es sintomático de la personalidad, de modo que cuando estas debilidades se vuelven fuertes, si no son erradicadas cuando los corazones son jóvenes, persisten vergonzosamente con la edad.

Por favor, considerad que incluso la generalidad del profesorado, hasta aquel que tiene un alumnado dócil, se ve afectado por estos problemas y, a pesar de ello, a nuestros escolares les falta, o bien el talento, o bien la voluntad de aprender y, aún, se duplica esa molestia cuando se debe exigir a los escolares que atiendan sus cometidos; pues son, en primer lugar, como cuando los soldados de que dispone un desafortunado comandante para la batalla, indolentes; en segundo lugar, no sienten vergüenza por huir; y, en tercer lugar, en vez de obedecer, no acatan las órdenes cuando luchan, determinan por ellos mismos su posición dentro de la batalla y no se atienen al orden. De hecho, en la obra de Tucídides<sup>37</sup>, un distinguido comandante dijo que, para tener éxito en la lucha, es necesario que los soldados tengan voluntad, que se avergüencen de huir y que obedezcan al comandante. Del mismo modo, comparando la

---

<sup>36</sup> Cf. Horacio, *Ars poetica* 445 (H).

<sup>37</sup> El ateniense Tucídides (aproximadamente desde el 460 hasta después del 404 a.C.) era un famoso historiador que redactó una obra sobre la guerra del Peloponeso.

escuela con el campo de batalla, el profesor estará atormentado por las más graves preocupaciones si, en primer lugar, el alumnado que acepta, no tiene pasión por aprender<sup>38</sup>; si bien, nadie podrá lograr nada sobresaliente en toda su vida, si su espíritu no arde de pasión por conseguir aquello a lo que aspira, persiguiéndolo con gran motivación e ímpetu. Sin embargo, el aprendizaje deja fríos a nuestros alumnos (126) y, además, no existe ninguna manera imaginable de hacer prender su llama interior, sino que prefieren que se les trate como a cabezas de ganado. En segundo lugar, ni el deseo de reconocimiento, ni la sensación de vergüenza sirven de acicate. ¿Qué más puedo decir sobre nuestros chicos, que tan poco se avergüenzan de su incultura, a pesar de que la vergüenza sea una característica que es, en especial, propia de la naturaleza humana? El hecho que pueda pensar que son engendros humanos es tanto más razonable, que en el caso de sufrir deficiencias de nacimiento como el carecer de extremidades o del sentido de la vista. A saber, mayor mal es la falta de capacidad intelectual en una persona que carecer de un pie, pues estos jóvenes, que no se avergüenzan de hallarse en una situación de lo más vergonzosa e incómoda, ocultan su raciocinio animal tras una fachada humana<sup>39</sup>. A fin de cuentas, nunca fue tal la felicidad de un profesor, como cuando la obediencia de alumno le hace seguir el plan de estudios establecido, asumir la obligación de leer los autores, que según el deseo del profesor deben constituir la dedicación exclusiva del alumno y con los cuales éste debe familiarizarse, redactar los trabajos a tiempo, repetir lo aprendido en las clases previstas para ello y expresarse de un modo comedido cuando está entre sus compañeros; pero el rendimiento de nuestros alumnos no incluye nada de esto. Prefieren ser recluidos en un calabozo antes de que se les pida que sigan siendo fieles a un autor, pues a tal edad lo que se desea es el cambio. Por esa razón, de una lectura pasan a la de más allá y, en la mayoría de los casos, leen cosas de mala calidad, si es que leen algo, pues prefieren picar piedra a entrenar la memoria o la lengua. Por norma general, así son los chicos, cuya holgazanería, en unos casos, es mayor que en otros, porque, a pesar de que alguno pueda ser caballeroso por naturaleza, sin embargo, a esa edad, su espíritu aún no es lo suficientemente fuerte. Además, mientras que fortalecer los cuerpos de los recién nacidos mediante livianos ejercicios, como llevar en andas, requiere de esfuerzos realizados durante largo tiempo, la cura del infantilismo de espíritu solo se

<sup>38</sup> Séneca, *Epistulae morales* 108,1: *ista cupiditas discendi, qua flagrare te video* (R).

<sup>39</sup> Cf. Discurso Nuremburgués CR 11,111: *sed plane humana specie beluina mentem tegit* (R). (En relación a padres que no conceden ningún valor a la educación de sus hijos).

acomete tarde, después de dar a los escolares una educación prolongada y bondadosa, inculcarles algún hábito y de no tratarles sino del mismo modo en que las amas de cría tratan a sus protegidos. Así pues, pensad en cómo debe sentirse el profesor a la vista de la gran holgazanería de semejantes estudiantes. En realidad, igual que aquel mariscal de campo que, tras ver desvanecerse su esperanza en la victoria, constata que ha quedado a merced del enemigo; en primer lugar, en lo que concierne a la propia protección y, en segundo lugar, en la que atañe a la de la patria, por la vileza de su propio ejército; invadiéndole la más amarga pena y reconociendo en ese momento que incluso los más concienzudos esfuerzos dedicados a instruir la juventud, a pesar de todo, han supuesto una mala inversión.

Hasta ahora he hablado de las dificultades que padecemos en la enseñanza. Aún falta hacer referencia a otro aspecto de nuestra profesión —el esfuerzo destinado a la formación del carácter del alumno— que es con diferencia mucho más delicado que el hasta ahora tratado. ¿Con qué malas costumbres no se tropieza el profesor? En primer lugar, lo natural a esa edad es que la tendencia al vicio sea fuerte, pues como escribió Platón, no hay animal al que cueste más domar que al joven<sup>40</sup>. De hecho, tanto sudará el profesor al intentar gobernarlos que necesariamente se dará cuenta de que es más fácil (127) guiar al león o al oso que a quienes en casa fueron cuidadosamente educados para que tuvieran piedad y buen comportamiento. A pesar de lo cual, la norma es que todos aquellos que son enviados a la escuela nos lleguen con los peores hábitos y los modales más espantosos, por lo que hay que volver a educarlos desde el principio; siendo, sin embargo, más difícil eliminar aquello que es erróneo, una vez ha quedado enquistado, que pretender inculcar lo correcto<sup>41</sup>. No en vano, como sabéis, cierto músico duplicaba el precio de las clases cuando los alumnos arrastraban los malos hábitos adquiridos previamente con otros profesores. Por lo tanto, luchamos contra un temperamento reinante en la juventud que es, especialmente en Alemania y en la vida familiar depravada, en gran medida indisciplinado. Mirad estos buenos padres, muchos de los cuales dicen ser evangélicos: en casa ni siquiera enseñan a sus niños los sagrados mandamientos, ni los diez mandamientos, ni nada por el estilo; sino que, en la mayoría de los casos, les enseñan más bien a minusvalorar la religión. Y ello, a pesar de que es, precisamente a esta edad, cuando la educación en religión de sus hijos debería

<sup>40</sup> Cf. Platón, *Leyes* 6, 766a (H).

<sup>41</sup> Agustín, *De moribus ecclesiae catholicae et de moribus Manichaeorum*, Libro 1, Capítulo XIX 35, línea 17 y ss. (*Corpus Scriptorum ecclesiasticorum Latinorum* Bd. 90, pág 40): *non enim modo suscepi docere vos recta, sed dedocere prava* (R).

ser la preocupación principal. Tan pervertido está nuestro siglo, que con razón puedes asegurar que el escritor satírico se hubo equivocado al afirmar:

«No habrá nada más que la posteridad añadida a nuestras costumbres [...]. Todo vicio está frente al precipicio»<sup>42</sup>.

No hay, pues, palabras para poder expresar la cuantía de maldades que recientemente se han incorporado a las malas costumbres existentes desde antiguo. Se ha perdido aquella disciplina doméstica que era usual encontrar en su justa medida cuando éramos jóvenes, y los principios básicos de la religiosidad eran transmitidos con gran esmero. Ahora, todo es diferente: se ridiculiza lo sagrado y se cree que en ello consiste la máxima sabiduría. Además, como el temor a Dios ha desaparecido del ánimo de los chiquillos, se cae en todos aquellos vicios, cuya mención produce en mí una sensación que no es precisamente agradable. Por ello, cuando los jóvenes llegan a la escuela, es necesario que el esfuerzo se dedique a la enseñanza de los primeros ejercicios orientados a la religiosidad. ¿Qué es lo que aprenderían una vez que ya han sido infectados con opiniones impías? ¿De hecho, qué hercúleo no es el esfuerzo que requiere hacer que sigan trabajando a fin de lograr algún progreso, que se queden en casa, que se aparten de las malas compañías y que se mantengan alejados de tabernas, juegos de dados y cosas semejantes? No consideraré a quien lo consiga como humano, sino como divino, pues, para mí, su misión es bajar del cielo a la tierra para propagar el bien. Miles son las formas y artimañas que se ingenian los muchachos para torear al profesor y, en la mayoría de los casos, el temperamento de carácter travieso que se ha impregnado tan fuertemente en ellos que se niegan ante todas las miradas a seguir las directrices. Además, al tener constantemente vacaciones, la ociosidad hace de maestro y favorece sus debilidades. Entre los consejos al terrateniente que Columella nos dejó en sus escritos, hay un dicho que es sumamente acertado<sup>43</sup>:

«El no hacer nada ocasiona que los hombres aprenden a comportarse mal»<sup>44</sup>.

---

<sup>42</sup> Cf. Juvenal, *Sátiras* 1,147-149 (H).

<sup>43</sup> Agustín, *De beata vita*, capítulo 4, línea 44 (*Corpus Christianorum* tomo 29, pág. 78): verissima est enim illa sententia (R).

<sup>44</sup> Columella cita este dicho de Catón en su capítulo sobre el trabajo del administrador de una finca, que también se debe preocupar del cumplimiento del trabajo a realizar por los esclavos a su cargo (Columella, 11,1, 26: nam illud verum est M. Catonis oraculum: nihil agendo homines male agere discut) [H].

Tan pronto como el muchacho, como si se hubiera fugado de un calabozo, sale de casa tras abrir el cerrojo que le impedía salir, el ánimo del profesor sufre las más penosas preocupaciones, pues lo mismo que hubo imaginado Mitio, cuyas palabras se pueden leer en la comedia (128), también intranquiliza al profesor: es posible que su hijo se haya caído por algún lugar, que se haya roto algo, que se haya herido y ese tipo de cosas<sup>45</sup>. Por ello, piensa que tiene la obligación de mantener a los escolares dentro de los límites por él establecidos, recurriendo a los medios más extremos. Y, aunque el maestro se haya distanciado, hasta ahora, de los castigos físicos, en última instancia, debe recurrir a la vara para restringir la autonomía de los escolares, ya que, como está escrito en un refrán sobre los frigios<sup>46</sup>, nuestros coetáneos solo obedecen los mandatos cuando los azotes los obligan a ello. Así es como, a todo lo negativo que el pobre hombre tiene que padecer, encima se suma la obligación de utilizar métodos de tortura; un asunto muy desagradable en el que, principalmente, es nuestra propia salud la que resulta dañada, en tanto que no existe maestro alguno que sea tan tranquilo de espíritu que no se enfurezca ante la rebeldía de los jóvenes. ¿Quién no perdería el equilibrio como consecuencia de la excitación de azotar? ¿Qué más no cabría añadir si me refiriera al miedo a que los jóvenes sufran secuelas físicas, a los límites a la aplicación de semejante medida, por no hablar de la normativa sobre ese asunto? En mí se libra una lucha para no entrar en este tema y alargar mi exposición. De hecho:

«Ni aunque tuviera cien lenguas y cien bocas, podría  
mencionar en su totalidad los nombres de las  
preocupaciones»<sup>47</sup>.

Después de que haya examinado las molestias que padece el maestro, veréis, qué sueldo recibe y, por consiguiente, cuál es el agradecimiento que obtiene a

---

<sup>45</sup> Cf. Terencio, *Adelphoe* 36-38 (W). En la comedia sobre un conflicto educativo, Mitio representa los métodos liberales, pues es quien con amor educa a su hijo adoptivo, Eschino, basándose en la camaradería y en la confianza.

<sup>46</sup> Cf. Suda φ 772 (4,768,18 Adler); Erasmo, *Adagia* 311d (H).

<sup>47</sup> Virgilio, *Aeneis* 6,625-627: *non, mihi si linguae centum sint oraque centum / ferrea vox, omnes scelerum comprehendere formas, / omnia poenarum percurrere nomina possim* (H). Melanchthon modifica la cita prescindiendo del verso intermedio y sustituyendo *poenarum* por *curarum*.

cambio — realmente una trágica catástrofe<sup>48</sup>. Entonces, diréis que, en comparación a las desgracias que aún deben ser expuestas, lo anterior no ha sido más que un chiste propio de un juego.

En un principio, el sueldo es tan escaso que un autor satírico se lamentaba al respecto:

«Muchos se arrepintieron de la vana y estéril cátedra»<sup>49</sup>.

El autor satírico tachaba con razón de estéril la cátedra del docente, pues se paga mejor al jornalero que al docente, mientras que nosotros, en semejante miseria, pasamos frío, vivimos de legumbres y pan seco<sup>50</sup> y apenas podemos librarnos del hambre, como veis en la delgadez de mi aspecto. Podéis ver la andrajosa ropa con la que aquí me presento. Por el contrario, en el caso de que algún golpe del destino me hubiera convertido en librero (sabéis cuál es su estamento), llegaría, igual que un sátrapa, presumiendo de todo el oro del que iría cargado<sup>51</sup>.

Además, el desagrado de los chiquillos no tiene límite, ya que no sólo afirman que no recibieron de nuestra parte ninguna buena obra, sino que encima opinan que merecen más cualquier otro que nosotros. No aprenden absolutamente nada y, como si fuéramos sus torturadores, nos dirigen un odio tan fuerte como el que profesan a las ciencias. Algunos otros, tras pequeñas incursiones en el campo de la ciencia<sup>52</sup>, imaginan cierta maestría<sup>53</sup> y, como es

<sup>48</sup> En el caso de Donato, la catástrofe es el último elemento de la acción del drama en el que se introduce un cambio y se resuelve el conflicto (cf. Euanthius, *De fabula* 4,5; Aristóteles, *Poética* 10). Según se trate de una tragedia o de una comedia el destino del héroe cambiará para mejor o para peor. En el caso de este discurso, como último acto, a la catástrofe le sucede el *extremus actus*, cuya finalidad es la de hacer que los alumnos sientan comprensión.

<sup>49</sup> Juvenal, *Sátiras* 7,203 (H).

<sup>50</sup> Cf. Horacio, *Epistulae* 2,1,123: *vivit siliquis et pane secundo* (W) (sobre la pobreza del poeta).

<sup>51</sup> Un sátrapa era un gobernador del rey de Persia cuyas competencias eran, entre otras, la recaudación y el control de los impuestos. A menudo, exhibía su riqueza en forma de joyas y de exquisita ropa (cf. por.ej. Terencio, *Heautontimorumenos* 452).

<sup>52</sup> Cf. Quintiliano, *Institutio oratoria* 12,2,4: *sed hoc transeo, de quo neminem qui litteras vel primis, ut aiunt, labris degustarit dubitaturum puto* (R).

típico para la edad, tienen un ego tan inflado que no quieren saber nada más de sus profesores, presumiendo de haber conquistado la más alta cima del conocimiento, desde la cual nos miran por encima del hombro. Así pues, no sólo ignoran cuán deficiente es su preparación, sino (129) que tampoco se plantean siquiera la cuestión, en cualquier caso, de a quién tienen que agradecer su bagaje cultural, aun tratándose de un bagaje cultural limitado. Mientras tanto, tampoco quiero hablar de todas las formas en que nos insultan, ni de cómo arrugan la nariz<sup>54</sup>, ni de cómo hacen muecas a nuestras espaldas<sup>55</sup> cuando reciben alguna advertencia de nuestra parte. Observad, pues, lo lamentable que es nuestra situación al haber dirigido nuestras buenas obras a una edad, en la que el concepto de buenas obras ni siquiera existe, en la que nuestra dedicación está lejos de ser correspondida o de que sea posible estarnos agradecidos por los servicios que hemos prestado. Así pues, nuestras buenas acciones se desaprovechan en mayor medida que las de otras personas, dado que los profesores ya habrán desaparecido del recuerdo, pues las buenas acciones suelen pasar pronto al olvido. Ese es el caso de nuestros alumnos, aunque entren en la edad madura, incluso algunos hacen como Nero<sup>56</sup>, agradecen en forma de ingratitud. Ni siquiera un mayor aprecio que el de los mismísimos chicos nos profesan los padres, quienes no son conscientes de que se libraron de toda preocupación por sus hijos y la cargaron sobre nuestras espaldas, puesto que somos nosotros a quienes ha sido transferida en su totalidad la penosa y arriesgada tarea de educar y dar clase a los chicos, mientras que, en casa, esos mismos padres se ocupan despreocupadamente de los propios asuntos. ¿Y cómo, tras pagarnos un miserable sueldo, nos restriegan por la cara sus propias buenas acciones? Cuando su hijo hace algo bien, el profesor no cosecha ningún tipo de reconocimiento por parte de los padres, pero cuando comete un error, se reprocha al profesor que lo haya cometido. De ese modo, cuando Diógenes quiso censurar el modo de comportarse de un joven

---

<sup>53</sup> Cf. Quintiliano, *Institutio oratoria* 1,1,8: *nihil est peius iis qui paulum aliquid ultra primas litteras progressi falsam sibi scientiae persuasionem induerunt* (R).

<sup>54</sup> Cf. Horacio, *Sátiras* 1,6,5 y ss.: (nec) ut plerique solent, naso suspendis adunco / ignoto (W); 2,8,64-66: *Balatro suspendens omnia naso* / «haec est conditio vivendi» *aiebat* «eoque / responsura tuo numquam est par fama labori»; Persio, *Sátiras* 1,118 (sobre Horacio): *callidus excusso populum suspendere naso*; Erasmo, *Adagia* 307d (R).

<sup>55</sup> Persio, *Sátiras* 1,62: *posticae occurrere sannae* (W); Erasmo, *Adagia* 987b (R).

<sup>56</sup> El emperador romano Nerón obligó en el año 65 d.C. a su profesor Séneca a cometer suicidio, tras inculparle de haber participado en la conspiración de Pisón.

al comer, propinó al profesor un puñetazo<sup>57</sup>. Por lo tanto, sean cuales sean las faltas de sus hijos, para esta gente toda la culpa es siempre del profesor. Ese es el agradecimiento que recibimos por los enormes esfuerzos dedicados y por todos los cuidados que proporcionamos.

A este respecto, si se comparan todos los seres vivos sobre la faz de la tierra con unos servidores, es imposible encontrar en el caso de ningún ser vivo mayor desgracia que la nuestra. Es más, me atrevería a afirmar abiertamente, que de todos los mortales somos con diferencia aquellos que hemos soportado una mayor sacudida. Aunque nos sometamos a las mayores fatigas, pasamos la vida sumidos en la más lamentable pobreza, y, encima, recibimos como recompensa todas las faltas de respeto imaginables, de los colegiales, de sus padres y, en definitiva, la de todos aquellos de cuyo respeto somos tan extraordinariamente merecedores. Es imposible concebir que alguien tenga un corazón tan duro que, a la vista de estas circunstancias, no nos compadezca. Aunque aún falten más desgracias, estoy cansado de esta descripción. Además, materialmente, el tiempo impide que el discurso sea demasiado extenso.

Para finalizar, puesto que nuestros colegiales se han enterado de cómo hemos censurado sus vicios, su gandulería, su menosprecio de las ciencias, su predilección por el divertimento y la ociosidad, así como su carácter desagradecido, consecuentemente, debo advertirles en este último acto de que, según nuestros apercibimientos, se esfuercen por subsanar todo ello. De ese modo, lograremos, por un lado, hacer nuestro esfuerzo más llevadero y, por otro lado, conseguiremos que vuelvan a casa dotados de los más altos galardones (130) y trayendo consigo la mejor preparación para defender su situación patrimonial, recibir méritos y prestar servicios útiles para el Estado. Pues, ¿qué ocurre cuando regresan a casa sin tener nada en la cabeza? Ocurre que, al no haber aprendido nada, no son de utilidad para el Estado y la vida que llevan en casa es de lo más vergonzosa. Por añadidura, puesto que su pereza les ha llevado a adoptar muchos vicios, no serán capaces de librarse ellos, sino que se dan a la bebida, a la prostitución y provocan la inseguridad en las calles mediante el

---

<sup>57</sup> El filósofo Diógenes de Sinope (412/403-324/321 d. C.), cuyas anécdotas se encuentran transmitidas en Diógenes Laetio (6,20-81) y en diversos *Apophthegmata*, fue un prominente representante de los cínicos. También Erasmo cuenta en sus *Apophthegmata* historias de Diógenes, una de las cuales recuerda a ésta: cuando Diógenes, con la cabeza casi rapada, se sumó a un convite de jóvenes, no es recibido de forma amistosa y es expulsado a golpes. A pesar de ello, las objeciones tienen lugar con posterioridad. (Cf. Erasmo *Apophthegmata* 3, *Diógenes* 28, Diógenes Laetio 6,33).

pillaje<sup>58</sup>, convirtiéndose en un incordio para la ciudad. De hecho, el final de su vida se corresponde a su manera de vivir: algunos se dan a la bebida hasta morir, otros pierden sus pertenencias con los dados, sin olvidar a quienes se han arruinado a causa de su vida amorosa. A estos ejemplos, podría seguir añadiendo innumerables ejemplos más, si el tiempo de que dispongo lo permitiera.

De esa manera, Dios castiga a quienes no atienden sus obligaciones, a pesar de que sea originalmente por mandato divino como se es llamado al estudio, pues Dios quiere que los mandamientos de los padres se obedezcan como se obedecen los propios. Aun así, no devuelven al meritoso profesor más que desagrado y no creo que ningún disparate ofenda tanto a Dios como el desagrado, pues como está escrito:

«La desgracia no retrocede ante la casa del ingrato»<sup>59</sup>.

Es posible medir en toda su envergadura el agradecimiento que se debe a los profesores, considerando el hecho de que adoptan el papel de los padres y sienten por los chicos la misma inclinación que un padre. En eso profundiza el pensamiento sugerido por Pablo cuando dice:

«Los profesores son dignos de doble veneración»<sup>60</sup>.

En definitiva, si queréis que Dios os otorgue felicidad y bendiciones a lo largo de toda vuestra vida, entonces debéis esforzaros por satisfacerlo dándole a cambio todo aquello que exija: debéis aplicaros en el desempeño de la tarea que os han inculcado vuestros padres de honrar a vuestros profesores amablemente y de estimarlos respetuosamente. De ese modo, gracias a vuestra gentileza, no solo aumentaréis tanto nuestra dedicación como nuestro amor por vosotros, sino que también reduciréis nuestras penas. Doy mi exposición por concluida.

---

<sup>58</sup> Salustio, *Catilina* 11,6: *Ibi primum insuevit exercitus populi Romani amare potare, signa tabulas pictas vasa caelata mirari, ea privatim et publice rapere, delubra spoliare* (sobre el declive moral del ejército romano); *Bellum Jugurthinum* 85,41 (W).

<sup>59</sup> Cf. *Dichos* 17,13: *qui reddit mala pro bonis non recedet malum de domo eius* (H).

<sup>60</sup> Cf. 1. *Timoteo* 5,17: *qui bene praesunt presbyteri duplici honore digni habeantur* (H).

BIBLIOGRAFÍA

MELANCHTHON: EDICIONES Y TRADUCCIONES DE TEXTOS

Orationes aliquot lectu dignissimae, a Philippo Mel, atque alijs doctissimis quibusdam in publica Vuittenbergensium schola pronunciatæ. Hannover 1533.

Philippi Melanchthonis Opera quæ supersunt omnia. Volumen XI, Edidit C. G. Bretschneider. Halle 1843. [Corpus Reformatorum, abgekürzt: CR].

Philippus Melanchthon: Declamationes. Ausgewählt und hrsg. von K. Hartfelder. Berlin 1891.

Von den Leiden der Lehrer. Ph. Melanchthons *De miseris paedagogorum oratio*, übers, von C. Andreae. Beigabe zum Jahresbericht der Kgl. Lehrerbildungsanstalt zu Kaiserslautern 1897. Kaiserslautern 1897.

Melanchthons Werke in Auswahl. Bd. 3. Humanistische Schriften. Hrsg. von R. Nürnberger. Gütersloh 1969.

OTRAS COLECCIONES DE TEXTOS Y EDICIONES

Corpus Christianorum. Series Latina. Turnhout 1954.

Corpus Fabularum Aesopicarum. Vol. I. Edidit A. Hausrath. Fasc. 1-2. Editionem alteram curavit H. Hunger. Leipzig 1959-79.

Corpus Scriptorum ecclesiasticorum Latinorum. Salzburg 1866.

Phaedri Augusti Liberti Liber Fabularum. Recensuit A. Guaglianone. Turin. 1969.

BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA

Arnhardt, Gerhard / Reinert, Gerd-Bodo: Philipp Melanchthon. Architekt des neuzeitlich-christlichen deutschen Schulsystems. Donauwörth 1997.

Döpp, Siegmund: Lateinlernen im Alfeld der Frühen Neuzeit. In: Martin Korenjak / Florian Schaffenrath (Hrsg.): Der Altsprachliche Unterricht in der Frühen Neuzeit. Innsbruck 2010, págs.79-90.

Hartfelder, Karl: Philipp Melanchthon als Praeceptor Germaniae. Berlin 1889.

Hintzen, Beate: «Melanchthon, Philipp». In: Der Neue Pauly. Supplemente Bd. 6. Stuttgart 2012, págs. 805-810.

- Ijsewijn, Jozef / Sacré, Dirk: Companion to Neo-Latin Studies. Bd. 2. Literary, Linguistic, Philological and Editorial Questions. Löwen 1998.
- Otto, August: Die Sprichwörter und sprichwörtlichen Redensarten der Römer. Leipzig 1890.
- Scheible, Heinz: Melanchthons Bildungsprogramm. In: Hartmut Brookmann [u.a.] (Hrsg.): Lebenslehren und Weltentwürfe im Übergang vom Mittelalter zur Neuzeit. Göttingen 1989, págs. 233-248.
- «Melanchthon, Philipp (1497-1560)». In: Theologische Realenzyklopädie 22 (1992), págs. 371-410.
- Melanchthon. Eine Biographie. München 1997.
- Schmidt, Günter R. (Hrsg.): Philipp Melanchthon. Glaube und Bildung. Texte zum christlichen Humanismus. Lat./Dt. Ausgewählt, übers. und hrsg. von G. R. S. Stuttgart 1989.
- Seifert, Arno: Das höhere Schulwesen. Universitäten und Gymnasien. In: Notker Hammerstein (Hrsg.): Handbuch der deutschen Bildungsgeschichte. Bd. 1. 15. bis 17. Jahrhundert. München 1996, págs. 197-374.
- Stempel, Hermann-Adolf: Melanchthons pädagogisches Wirken. Bielefeld 1979.
- Wachinger, Franz: Melanchthon, *De miseris paedagogorum oratio*. In: Der Altsprachliche Unterricht 40,6 (1997), págs. 49-68.
- Wollersheim, Heinz-Werner: Philipp Melanchthon und die Organisation des protestantischen Schulwesens in Sachsen. In: Philipp Melanchthon und das städtische Schulwesen. Begleitband zur Ausstellung. Hrsg. von der Lutherstadt Eisleben. Halle 1997, págs. 49-80.